

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

SUMARIO.

El año nuevo.—Esperanzas.—El Turrón.—El Carnaval.—Teatros.—La galantería de Mr. Bagier.



STAMOS ya en el año de 1862.

—«Año nuevo, vida nueva.—se dice por todas partes, aunque lo cierto es que el año nuevo es un escalon mas del descenso de la vida.

Sin embargo el año nuevo tiene el privilegio de inaugurar algunas reformas en los sistemas de la vida normal, así como le tiene de inmortalizar las cosas tontas.

La noche de San Silvestra, último día del año que acaba, se forja unos cien métodos excelentes para regularizar todo lo que tiene sin orden; pero esto es mientras nos desnudamos; pasa la noche, hemos dormido deliciosamente, llega la mañana del día primero del año que empieza, y no nos acordamos de nada.

Así es el hombre.

Tratándose de las reformas del año nuevo hay mucho que decir.

Este semanario, por ejemplo, se ha reformado, ha esperado al año para transformarse; pero *La Correspondencia de España*, el cieno de la Puerta del Sol, los piélagos de la calle de Toledo, y otras curiosidades rarísimas que se encierran en esta voluminosa colmena, no sufren alteración en su manera de ser: se eternizan con los tiempos para regocijo de... los anfibios.

Ya se vé: la inmortalidad pertenece á las grandes cosas.

Antes de trazar esta revista se nos ocurrió la idea de convertirla en *juicio del año*.

Hemos desistido por la simple razon de que los juicios del año son majaderías engastadas en verso.

Pasaron las edades de los profetas y de los vaticinios: hoy por desgracia tenemos bastante con lo presente, para dedicarnos á deletrear lo porvenir en el aspecto de Piscis ó Tauro.

Pero el día primero de todo año que empieza ¿no es el día de las grandes esperanzas?

Seguramente. ¿Quién es tan desgraciado que no espera alguna cosa en el espacio de doce meses, en la sesenta ava parte de la vida?

Nadie: el esperar no es delito, y no hay cosa que

se prodigue mas en el pobre corazón humano que la esperanza.

Consiste en que la esperanza, es el dulce lenitivo que atenúa las grandes calamidades.

Además cuesta poco adquirirla: es en este mundo lo que mas fácilmente se alcanza.

¿Qué puede uno perder esperando?

Un poco de tiempo, pero ese tiempo es adorable para nosotros, porque el que espera se hace el hombre mas bonachón del mundo.

No hay duda, la esperanza es la emperatriz soberana de la tierra.

Cuando se ama á una mujer y da una esperanza, el hombre se vuelve loco.

Cuando un cesante tiene esperanza de pescar alguna cosa no bosteza.

La esperanza es un manjar pingüe y sabroso que tiene el don de hartar al espíritu.

No sucede así con el cuerpo: para el que tiene hambre la esperanza es una excelente pocion amarga que acrecienta el apetito.

En la esfera de la verdad, la esperanza ha llegado á ser en el mundo una dulcísima mentira con la que se salvan los escollos difíciles.

¿Que trabajo cuesta prodigar una esperanza? Cuanto bien no se hace concediéndola?

Por eso la esperanza como virtud es lo que dicen los teólogos: como recurso politico-social, un *mirriñaque* lleno de aire, que lleva uno en brazos por lo poco que pesa.

Descamos á nuestros lectores y lectoras que recojan opimos frutos de sus esperanzas sobre 1862.

A las lectoras especialmente si esperan entrar en el gremio de los felices.

El cariz está bastante lóbrego.

La marinería de la sublime puerta, sigue replegada sobre el asfalto del ministerio.

Por cierto que este dichoso asfalto está con el diluvio cada vez mas peligroso.

Ha llovido de firme.

Nos alegramos en parte á fin de ver si se refrigeran un tanto los cerebros, enardecidos aun por las reliquias del gran turbion de la *noche-buena*.

Lo sentimos por la marinería de la acera del ministerio obligada á hacer uso del paraguas para no perder el sombrero.

El Manzanares tiene cara de crisis.

Decimos de crisis porque las crisis son el efecto de los grandes reventones, y el Manzanares viene fuera de madre, razon por la que se lamentan algunas desgracias.

Atravesamos un temporal fuerte por excelencia.

En la calle de San Bartolomé se ha suicidado el asistente de un capitán del regimiento de Borbon.

Días pasados se regaló un ramillete de dulces á una señora de nuestra aristocracia, y murieron dos perritos americanos que comieron de una naranja cubierta de pinturas francesas.

Se recomienda á los golosos el ejemplo.

Nosotros no tenemos cuidado alguno por nuestra humilde personalidad, efecto de que en materia de dulces, no conocemos cosa más superior que el turrón.

Este al menos es evidentemente nacional, no tiene pinturas inglesas ni francesas, y todavía no hemos leído en el *Siglo Médico* que engendre el cólico.

Cuando más podrá producir la apoplejía; pero una apoplejía por exceso de turrón debe tener magnificencias arrebatadoras.

Recomendamos sobre manera el turrón á los que estén constipados; es el mejor remedio contra los calarros, el mejor tónico para el estómago, y la mayor alegría para las fauces.

Además el turrón es un producto patriótico, y el hombre debe pertenecer á su patria todo entero, máxime cuando el patriotismo es sabroso.

Des noticias importantes nos ha ofrecido la *Correspondencia* en la presente semana: la primera que Muley-Abbas ha llegado felizmente á Tanger; la segunda que el Duque de Tetuan ha sido condecorado por el rey de Prusia con la orden del Águila negra.

El aguador de nuestra casa hombre de respetable peso, que entiende de política más que un Roberto Peel, decía el otro día lo siguiente á un colega suyo, que le oía leer la *Correspondencia* sentado sobre una cuba.

—¿Sabes Francésou que este papelucu está bien escrito?

—Ya tu creu—replicó el otro—como que vosotrus sois aficionados á las pitadas...

—Eres un majadero... nunca sabrás hacer tu agosto, no conoces simple y menecatu que es necesario saber tocar bien el pito para rejalar en este mundo?... Aprendele á tocar y no te dé cuidado que te digan cuatro veces.

El carnaval se inicia.

Bonito programa: los mirínques tiemblan de regocijo.

Por todas partes se nota una animación encantadora.

Los filletanti, los alabarderos de los teatros, y las modistas se preparan para la gran campaña.

Las expansiones de carnaval son deliciosas porque se asocian á la careta postiza, que es como el complemento de la careta natural de ciertas máscaras, que llenan la plaza pública en tiempos normales.

Llegó el tiempo de los petardos y de las bufonadas.

Aunque para petardos todos los tiempos son buenos por que son moneda corriente.

Todo pasa en carnaval!

Bajo los pliegues de un dominó, y con la careta calada, no hay deformidad que no se pueda encubrir, no hay fenómenos que no se conquiste una ovación.

El pobre estudiante puede decir que es un Rochif, sin que le asomen los colores á la cara, porque es de percalina.

El *viejo momia* puede decir que es un pollo: el cesante que es un Director de rentas.

Dulcísimas mentiras! siquiera no reinen más que una hora, esa hora es un año de júbilo en la vida de esta humanidad tan aficionada á dar chascos.

Todo pasa en el carnaval.

Las feas sin gracia y tontas le esperan con ansiedad, porque empaquetadas en su *toilet*, se rodean de honorables falanjes de curiosos aspirantes.

Pero las desgraciadas están condenadas á no despojarse de la capucha, porque la decoración se quedaría á la sombra, y los espectadores se alejarían silvando.

No seremos nosotros quien marchite ese bello reinado

de una hora, siquiera sea la majadería más adorable.

Preparen en buen hora sus excelentes crinolinias para que el espectáculo tenga propiedad y efectos.

¿Por qué no ha de haber un mes de expansión para la infeliz que tiene que rabiar once meses á *sotto voce*?

Venga el carnaval con su animación soberana.

Le saludamos por lo bien que equilibra las categorías.

He ahí una verdadera síntesis de la democracia, del principio de igualdad que tanto se predica, si bien necesita una careta para no morir de frío.

Todo al fin es igualdad.

Tendremos baile en el Teatro Real, en Jovellanos, en Capellanes y en Lope de Vega.

Los empresarios harán su agosto, porque el baile es una cosa tan incitante, tan en relación directa con las tendencias y carácter de la juventud, que habrá empleado que devore tres pagas en un espectáculo, estudiante que lleve á un prestamista su levita de gala y sus botas, á fin de poseer un napoleon que necesita para emboscarse en la selva mágica, modista que rabie de hambre ocho semanas por presentarse con un ahuecador digno de figurar al lado de la campana de Toledo.

Los teatros siguen todavía ofreciéndonos las novedades de pasaca, que por cierto se eternizan demasiado.

No podemos dar cuenta de ningún estreno.

Para celebrar el día de los Inocentes se han dado funciones á beneficio de señoras en el Príncipe y Variedades.

En el Príncipe destruyeron el *Café*, obra magna del célebre Moratin, que salió admirablemente mal.

Parece mentira que el Sr. Delgado, perpetre á sangre fría estos sacrilegios, que revelan el poco aprecio que se hace del arte.

¿Es posible que la empresa del Príncipe no haya visto en el *Café* una cosa más superior, una idea más fecunda, de más verdad y sublimidad suprema, que la que sin duda ha visto para ofrecerla una tarde destinada tradicionalmente á la exhibición de las caricaturas de poderoso resalte? Que el Sr. Fernandez se haya presentado al público en el *D. Juan Tenorio*, haciendo el papel de Doña Inés, y otras majaderías por este estilo, no nos extraña, porque el *Ron Juan Tenorio*, aunque sea obra del poeta Zorrilla, no tiene valor alguno ante la razón y la filosofía, y nos importa poco que salga bien ó mal; pero que la obra mejor de Moratin, la obra que la Academia ofrece de modelo á la juventud en el género clásico, la obra que ofrece enseñanza eterna al hombre y al escritor, se haya presentado una tarde al público en el teatro del Príncipe, de la manera que hemos dicho, y por la compañía que en él actuó, es una falta de mal gusto que no se puede perdonar al director de escena.

Seguramente que en el teatro del Príncipe no se ha conocido nunca una profanación de tanto bulto.

El *Café* no es obra de circunstancias: es obra maestra, donde todos tenemos que estudiar, es la obra que salva los tiempos y se perpetúa, razón por la que no debe representarse sino con gran solemnidad.

En *Variedades* se sigue haciendo la Cruz del Matrimonio.

Tiempo es ya de que el Sr. Romea la deje descansar un poco.

El público desea con avidez que se ponga en escena la *Hermano de leche*, comedia recientemente escrita por Breton, que ya está en poder de la empresa, y de la que tenemos buenas noticias, sin embargo de que el nombre del autor basta por sí mismo para recomendarla.

En el Teatro Real se sigue haciendo *Il Polliuto*, alternado con *Il Barbieri* y otras óperas.

Y á propósito del teatro Real: el Sr. Bagier, ha sido muy galante para nosotros.

Le hemos dirigido una carta atentísima, suplicándole concediera una targeta personal para la redacción de nuestro semanario, y hasta la fecha no ha contestado.

Esto prueba que el Sr. Bagier es francés de *pour sang* y no entiende otra política que la de su negocio.

En todos los teatros, hemos merecido el honor de tener un sitio en el lugar destinado á nuestros compañeros de la prensa: hasta el de Variedades, cuyas proporciones son tan reducidas, nos ha concedido un billete: solo el señor Bagier nos le ha negado.

Es decir, no nos lo ha negado; pero se ha hecho el *sueco*. Lo que nos impulsa á creer que el Sr. Bagier no conoce siquiera un principio de la política británica, que es cortes aun para desairar.

Y es lástima, nosotros teníamos á los franceses por los hombres mas galantes del mundo.

Pero el Sr. Bagier, que en mas de una ocasion, ha sabido componerse para despreciar á la prensa, para reirse de la justicia de sus reclamaciones, y para negarla su importancia, dirá, y con razon, que le hacemos poca sombra, y que la cuestion es simplemente de maravédises.

Está muy bien: tendremos el placer de asistir á la ópera sin la tarjeta del empresario *galantuomo*, como se dice ahora.

Pero el sistema del Sr. Bagier es de mal género. *Donde fueres haz lo que vieres*, dice un proverbio español, y ninguna empresa teatral ha negado á la prensa lo que la niega el Sr. Bagier, la cortesanía.

Por eso esta mañana cantaba uno de nuestros cajistas la siguiente redondilla:

Si aprender quieres finura
toma por tipo á un francés,
no vayas por él á Francia
puesto que está aquí Bagier.

No ha ocurrido mas de particular en la pasada semana, y nos despedimos hasta la próxima dando por finalizada esta revista.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

SECCION CIENTIFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

DE LA SOCIEDAD DOMÉSTICA MONOGAMA POLIGAMA
Y POLIÁNDRICA.

I.

Hay una institucion, base necesaria y natural sostenimiento de todo progreso social: institucion formada de mano maestra porque es obra del mismo Dios: institucion que no puede menos de llamarse fundamental en el sentido recto de esta palabra; porque no podemos poner en ella la mano sin sacudir de abajo arriba y en todos sus ángulos, este edificio cuya divina arquitectura nos ha llenado de admiracion: hablo de la inmortal y santa institucion de la familia.

(P. Felix. Conferencias de N. S. de Paris. T. 1. 1860.)

Debajo de la sociedad política está la sociedad doméstica: debajo de la patria la familia.

(P. Felix conf. de N. S. de Paris. T. 1. 1860.)

Desde luego se puede asegurar que la sociedad poligama solo sirve para degradar al hombre. En ella las propensiones del animal: nada que anule la existencia de ese ser divino que vence á la carne en sus luchas constantes: nada que escape de esta esfera terrestre sin luces ni armonías. Empobrecimiento del

sentimiento y de la dignidad, empobrecimiento de la hacienda y empobrecimiento de la vida: la poligamia lejos de ser una ley conservadora, tiende á la destruccion, y tiene el lúgubre privilegio de embrutecer y envilecer á los pueblos.

El espectáculo que ofrece una sociedad donde el hombre es caduco á los treinta años; donde la mujer está condenada á esa prostitucion que la deshereda de la suave influencia del amor y donde la familia huérfana y errante como la arena del desierto no tiene á donde volver los ojos, porque todos los seres humanos la repudian como á engendro bastardo, lacera el corazon de los hombres honrados. Y no se crea que este espectáculo admite la mas ligera atenuacion: es un crimen que se perpetra á la faz de la naturaleza, y lo mismo en el pasado, que en el presente, que en lo porvenir, siempre será un padrón de oprobio, un atentado contra la magnificencia del destino del hombre.

Una sociedad poligama no puede esperar jamás de su progreso la mas insignificante reaccion; dentro de ella todas las vicisitudes, todas las desdichas: el hombre enclavado á la roca de la barbarie: la mujer maldiciendo al hombre, uno y otra devorando una existencia árida, ora sembrada de lágrimas, ora envanecida por el hastio; siempre sin alhores de primavera, siempre cubierta de sombras! Analizad las aspiraciones de un oriental, y apenas su alma dará señales de existencia: todos los latidos de su corazon se reconcentran en su pipa y en su harem: las lágrimas de sus esclavas acaso armarían su mano de un látigo, y se adormecería de voluptuosidad entre los coos de maldicion que le prodigara aquella misera parte de humanidad, cuya carne desmalazada está cosida á la cruz de un suplicio digno del infierno.

Otra forma repugnante de esta bella institucion llamada sociedad nos ofrecen las selvas agrestes de Nueva Zelanda y la mayor parte de las islas que se mecen al silvido de la onda del Océano en las regiones del Ecuador, tal es la sociedad poliándrica, que viene á ser como el polo opuesto de la poligamia, y que es privilegio de esas tribus infelices de la especie humana que vagan errantes sin formar ni familia ni patria.

La sociedad poliándrica lleva en sí misma el germen de la destruccion, y los tiempos venideros acaso no ofrezcan la mas mínima reliquia: una mujer para muchos hombres, no puede menos de empobrecer la especie; de aquí el que esas tribus, no posean ni hogar ni centro alguno de asociacion, signo evidente de que la vida intelectual en ellas está completamente extinguida: es posible que carezcan hasta de religion como lo afirma un célebre viajero; y su existencia puramente física se arrastra penosamente al par de la de las fieras de sus bosques, abrasados por los rayos candentes de un sol que reciben á plomo.

Pero si la mitad del linaje humano devora en triste ceguera los amargos privilegios de la intemperancia y del vicio, el mundo civilizado por el cristianismo, se levanta radiante sobre una institucion divina, base y fundamento del edificio social, generadora de esta vida que se nutre de la sustancia del pasado, que se perfecciona en el presente, y se perpetuará en el porvenir: institucion que no podriamos destruir sin destruirnos á nosotros mismos, y que sirve de raíz al árbol fecundo de nuestros progresos, cuyas ramas no son mas que las prolongaciones del tronco, y cuya savia parte de este núcleo prodigioso para fertilizar todos sus órganos: esta institucion es la familia.

¡La familia! hé aquí una voz sacrosanta que tiene armonías para todos los corazones: en todas partes donde relampaguea luces de ventura el disco del sol, faul de la Providencia, la familia despliega su vida prodigiosa, animada por el aliento del Hacedor que la forma á su semejanza y preside sus actos desde la bóveda inmensa de los cielos.

La familia no es el árbol exótico implantado en nuestro suelo por la mano del conquistador ni del filósofo; es la planta viva de la armonía que nace en el paraíso á los pies del Criador y se perpetua en el infinito, enviando sus perfumes á los cielos sin despojar á la tierra de sus gérmenes que siguen floreciendo y fructificando: es el edificio soberano que resiste impávido los embates furiosos de los tiempos, porque su cúpula está sostenida por la fuerza atractiva de la región de los orbés, y sus cimientos se afianzan sólidamente á la tierra.

La familia, según la expresión feliz de un orador, es la generación, la formación, la tradición, de la vida social, y en este concepto la madre fecunda de la patria: es ese poder grande y universal de todos los tiempos y de todas las edades, cuya sencillez se ha conquistado el respeto de nuestras pasiones y á quien el derecho público ha fortalecido aun en sus períodos de decadencia, porque de socavarle, se hubiera engendrado el monstruo devorador de las anarquías civiles.

En medio de nuestros cataclismos políticos, entre nuestras luchas filosóficas, entre nuestras rapsodias sangrientas, hemos traído á la discusión todos los principios, todas las instituciones, todas las fórmulas del progreso: nuestra vanidad ha negado la existencia de Dios, hemos escarnecido la triste reliquia del derecho inerte, y hemos tributado aplausos con frecuencia á dolorosas aberraciones; á la familia no nos hemos atrevido á llegar poseídos de un temor misterioso; y es que estamos convencidos plenamente, de que no es una arena aislada en el desierto del mundo, sino la ola viva de las generaciones, que multiplica el vasto raudal de la vida pública, cuyo cauce no tiene límites en la esfera del mundo.

Desgraciado el día en que nuestra presunción nos lleve á invadir el dominio de ese poder legítimo cuya inmutable autoridad nos ofrece á cada paso las enseñanzas que no hallamos en nuestros libros: podremos olvidarle, relegarle, estacionarle en la suavidad de su ostracismo; pero nunca hacerle víctima de nuestros escosos, de nuestros delirios, de nuestra exhuberancia creadora, de nuestra ansia de novedad; cruzaremos siglos enteros disputando sobre el movimiento continuo, ó la altura del sol, sin fecundar esa institución con las luces de una filosofía eminente; pero derribarla, pero asestarla un golpe homicida, sería equivalente á trastornar el eje del globo, sería encontrar la incógnita del desequilibrio perfecto.

Por eso se perpetua sobre el espacio y sobre los tiempos; por eso hasta el vicio letal que nos arrastra en su torrente de inmundicias; la respeta en su l'árbara carrera y por eso en su perfectibilidad, impulso y desarrollo, fundamos la mas noble esperanza, la de llegar á esa meta soberana y bienhechora de la civilización universal, único anhelo del hombre y única manera de abrir camino al reinado de la justicia y de la verdad para levantar un trono á Dios sobre la tierra, y sobre el corazón de esta humanidad tan sublime y desgraciada.

(Se continuará.)

Madrid 1.º de enero de 1862.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

LITERATURA.

LA CARIDAD.

Salve el fanal que el Universo mira,
Cual astro de oro en su cenit luciente;
Salve la excelsa caridad que gira

En cielo oscuro de la humana frente;
Que dulce vida al corazón inspira,
Que el pecho inflama con su rayo ardiente.
Y en este mundo de sombrío espanto;
Sus luces vierte de placer y encanto.

Ella es del pobre salvadora estela,
Al triste enfermo su dolor mitiga,
Del ángel niño la inocencia vela,
Al débil viejo con su manto abriga,
Y del que llora, la orfandad consuela,
El lazo forma de la mano amiga,
Y al orbe entero su fulgor estiendo,
Pues que es el soplo que la vida enciendo.

¿Qué es caridad sino el amor sublime
Que mira el alma y nuestro pecho siente?
¡Ay del ateo que en linieblas gime,
Que nunca el día sonrió en su frente!
¡Ay de aquel ser á quien la duda oprime
Y cruel le muere con su agudo diente!
¡Que negra nube les oculta el cielo!
¡Que fría tumba les ofrece el suelo!

Siempre á la gloria el corazón se inclina,
Si amor le mueve con su ardiente anhelo,
Ansioso corre á la región divina,
Y el lauro mira en el azul del cielo:
Hasta el destino con valor domina,
Cuando se empeña en su letal desvelo...
Y el universo todo confundiera,
Si el ser á quien adora lo quisiera.

Mas á la tierra el corazón pegado,
Si amor le niega su celeste egida,
Por sendas corre de placer vedado,
El vivo sigue, la virtud olvida;
Y luego un día en que se vé postrado
En dura piedra, con el alma herida,
El llanto arranca á la inocencia, y lava
Con él el hierro que su pecho clava.

¡Triste de aquel que en su dolor sumido,
Mortal veneno de la suerte apura!
¡Ay del que lleva el corazón partido
Para el amor, por la desgracia dura!
Errante y ciego, á su pesar rendido
El mundo corre sin hallar ventura,
Y al fin espira en la desierta arena,
Do solo hay luto, soledad y pena.

GREGORIO HERRAIZ.

LAS OFRENDAS DE UNA MADRE.

LEYENDA VASCONGADA.

(Continuación.)

III.

Una voz dulce como el sonido de las cuerdas de un harpa heridas por las alas misteriosas de un ángel invisible, respondió al llamamiento brusco del capitán.

—Abrid, abrid—dijo este—no me conocéis en el toque de rebato?

La puerta se abrió y se presentó en su dintel un joven de diez y seis años, que se arrojó en los brazos del capitán exclamando:

—Tío de mi alma!

—Aprieta de firme—balbuceó el Alcides con trémula voz.—

por vida de Dios... Cuando me acuerdo que cada vez que me abrazas, se me saltan estas malditas lágrimas... ea, basta de florileos, muchacho, ¡juéanos del Belcebú! ¡si le vieran ahora á uno los cachorros!...

El capitán y el joven penetraron en la casa.

Nada más encantador ni modesto que el aspecto interior de aquella pobre morada donde el extremo aseo, y el orden más perfecto, supían admirablemente las perspectivas del lujo.

El joven condujo al capitán á una salita cuadrada con ventanas rasgadas, por las que se precipitaban torrentes de luz y de perfumes.

Las llanuras de lejar se divisaban en lontananza, como oasis multicolores, ó sabanas floridas que recuerdan las pampas de la América. El pequeño aposento aparecía cubierto por todas partes de cuadros pintados al óleo de magníficas acuarelas de indefinible mérito: un lienzo aprisionado en un caballete estaba en el centro y cerca de él la paleta del artista.

El capitán miraba con embeleso todo aquello, abrazando repetidas veces al autor, cuyo retrato nos permitiremos hacer.

Figurémonos un muchacho imberbe, de unas formas intachables, de ojos rasgados y brillantes como destacos, de cabellos negros como el ébano, peinados á la romántica en melena blonda, de frente espaciosa y recta donde se litografiaban las sombras de los martirios del genio creador, en una palabra, figurémonos el rostro delicado de una mujer meridional, sobre el conjunto magnífico de un joven de diez y seis años, vestido severamente de negro, con una levita abrochada hasta el cuello, y soberanamente plegada á una cintura mórvida y elástica.

El capitán se aproximó al caballete.

Sobre un fondo de ópalo y oro se destacaba en un pequeño lienzo una cabeza admirablemente dibujada, cuya difusidad y gracioso contorno hubieran hecho honor á de Musem.

El artista se estaba ocupando en trasladar una virgen de áurillo.

—Cáspita! dijo el capitán abriendo unos ojos enormes al ver la pintura.—¿Sabes que vas á ser un grande artista?

El joven se puso encendido como la grana y bajó los ojos.

Tenia el alma cándida de una doncella, y conservaba aun ese pudor del poeta en ciérnes, de esa oritura sublime y desgraciada que sueña y delira, que tiene alegrías devoradoras, que le transportan al cielo, y tormentos crueles que le precipitan en los infiernos.

—Si djáblo! está bien hecho—añadió el capitán—vas á ser un grande artista Antonio—Y me alegro como hay Dios! cuernos de Lucifer, pues es que me ha embelesado esta pintura!

—Si no vale nada!—balbuceó el joven temblando como un azogado.

—Que nó!.. votó á cien legiones... dico que no vale nada!.. dame esos cinco sobrino... te digo que vas á ser un grande artista!

El joven inclinó la frente.

—Dónde está tu madre?—preguntó el capitán.

—En la iglesia.

—Pues!.. voto vá... siempre rezando! siempre... viene uno despues de ocho años de ausencia... corre presuroso á abrazar á su hermana y á su sobrino... y nada, en la iglesia... ¿quedián-tre tiene que rezar tanto?

El joven no contestó; pero lanzó un suspiro.

—Comprendo!—dijo el capitán—es desgraciada!... bueno... se acuerda de tu padre... de aquel bribon que la dió tan mala vida y anda por esos mundos de Dios hecho un perdido... Ah! canalla! como le llegue á encontrar..

Y el capitán hizo una mueca horrorosa.

Antonio no contestó tampoco; mas su frente se sombrea por una nube de luto, evocada por amargos recuerdos.

Explicaremos las palabras del capitán.

Antonio era hijo de una hermana suya, que se casó muy niña con uno de esos miserables perdidos de vicios que se entregan en brazos del crimen impávidamente.

Angela se vió abandonada por aquel infame al quinto año de su casamiento y no volvió á saber más de él.

Un día le encontró en Madrid dando el brazo á una mujer de mal talante, y se cubrió el rostro horrorizada.

No habia duda, el miserable se habia degradado hasta la extrema etapa de la abyección.

Desde entonces no volvió á verle mas.

Se consagró á educar á su hijo: le inscribió en la academia de San Fernando, y pronto se señaló por sus grandes progresos en la pintura.

Pero la escasez de recursos le obligó á abandonar la corte y por consejo de su hermano el capitán que le mandaba todos los meses la mitad íntegra de su sueldo, se refugió en Dava, donde tenia una casa.

Así estaban las cosas cuando los presentamos.

El capitán aparecía sombrío y pensativo, el joven seguía guardando silencio.

—¿Habéis sabido de tu padre?—le dijo.

—No señor—contestó Antonio—el desgraciado no se acuerda de nosotros... Ch!.. no lo siento por mí... bien lo sabe Dios... pero mi madre... mi pobre madre...

—Ah! sí... tu pobre madre—gritó el capitán con voz de trueno elevando al cielo los puños cerrados.—Y que no me encuentre yo jamas con ese condenado!..

—Si V. supiere, cuan desgraciada es mi madre.

—¿Y porqué, truenos, y porqué?... ¿á qué acordarse de ese hombre? Qué puede esperar de él? con qué derecho se presentaría?... Oh! como yo le llegue á atrapar...

—Es mi padre—dijo Antonio tímidamente.

—Tu padre... Oh!.. tu padre... dices bien... mira; yo me olvidaba de todo eso... no, no quiero encontrarle; que nó se me presente... sí... sería horroroso, muchacho... muy horroroso... ¡porqueme olvidaria que era tu padre y... sí... ¡le mataria, rayos!.. le mataria!

El timbre de una campanilla cortó la palabra al capitán.

—Ah! esta ella—dijo Antonio—corriendo á la puerta.

—Pobrecita!—balbuceó el Alcides—nada sabe de mi venida: va á llorar de alegría.

Un momento despues, se arrojó Angela en sus brazos llena de contento, exclamando.

—Nicanor, hermano mio—¿con que eres tú?

Y aquellos dos seres se estrecharon por un abrazo indefinido.

Aquella mujer era la misma que hemos visto en la iglesia arrodillada ante la *Dolosa*, ofreciendo su hijo, su única delicia, su luz, su alegría, su tesoro, á la causa de la patria.

(Se continuará.)

LEANDRO ANGEL HERREÑO.

EL PROGRESO EN LAS CIENCIAS.

Caminamos hacia el progreso con una celeridad asombrosa. Un día el gran Descartes borró del prefacio de las enseñanzas el *Magister dixit*, y quedaron rotas las cadenas del pensamiento. Desde entonces la razon creyó que todo estaba bajo el

imperio de su dominio; que podía estenderse por todo. Tendió á recorrer el universo con su penetrante mirada, y lo hizo con tal rapidez, que al llegar al siglo XIX era asombroso el espacio que había conocido.

Sin embargo, las conquistas hechas en el campo del pensamiento, hasta llegar á esta última época, son quizá menores que las que han tenido lugar desde ella hasta el día.

Y es muy natural que haya sucedido así. La razón, que había estado por tantos siglos sujeta á una opinión, al verse libre, quiso que nada de la naturaleza quedase fuera de su comprensión; que nada quedase sin su juicio. Cada razón fué una autoridad; los principios dejaron de serlo, para convertirse en opiniones, y la duda oscureció todas las verdades.

Pero la verdad si bien puede fluctuar en el océano de la duda, esconderse por un momento bajo su inmenso oleaje, no naufraga nunca; aparece con la calma, íntegra y llena de claridad. La verdad, pues, tenía que ser un día principio inalterable, y principió á serlo con el siglo XIX.

Desde este día la marcha intelectual ha sido mas uniforme, y por lo tanto mas rápida. La inteligencia tan pronto se eleva á las altas esferas del cielo, como penetra en las oscuras entrañas de la tierra, ó en el abismo de los mares. Atrevida como su origen, que no reconoce otro límite que el infinito, se apodera de los mayores secretos, para conocer lo que encierran, para desondarlos de toda duda.

El hombre estudia sin cesar: su razón todo lo observa y analiza; y de entre la multiplicidad de opiniones, ha aparecido la verdad, como del medio de dos pedazos de cuarzo que se chocan, sale una ráfaga de fuego.

El afán de saber es el impulso que mueve á la humanidad: la gloria una corona que desea colocar en su frente; y por lo tanto el estudio y observación de la naturaleza, su ocupación constante.

Pasada la noche de las ciencias, cuando estas aparecen claras, como la tierra iluminada por el fanal del día, aun quedan algunas sombras, sombras que nunca desaparecieron completamente, porque el día que así sucediera, la humanidad habría cumplido su misión; pero sombras que poco á poco el tiempo y el progreso están encargados de disipar.

Fijémonos en una ciencia cualquiera, y quedaremos pasmados al contemplar los grandes adelantos hechos en ella. Las ciencias físicas, por ejemplo, pueden comprobar nuestro aserto.

Las ciencias físicas, como encargadas del conocimiento de la materia, la mismo en el conjunto de las esferas que giran por encima de nuestra cabeza, que en el átomo imperceptible que deshace nuestro pie, son el estudio de la obra del Creador, y por lo tanto de inmensa importancia.

(Se continuará)

CRÓNICA NACIONAL Y EXTRANJERA.

La multitud de noticias que tenemos de todas partes, nos obligan á hacer una revista general de ellas; aunque solamente las de Lisboa, son bastante suficientes por sí mismas para llenar un número de nuestro periódico.

La muerte del Infante D. Juan no ha producido alteración en los ánimos. La autopsia del cadáver hecha con tanta solemnidad científica, puesto que se reunieron los primeros facultativos de Lisboa, ha dado por resultado, que la muerte del Infante ha sido producida por una fiebre tifoidea.

El Gobierno ha tomado medidas energicas para evitar todo desorden, aunque los principales alborotadores están presos y la ciudad en tranquilidad, sin que por eso falten por las calles

grandes patrullas de infantería y caballería que ayer hubieran podido evitar en gran parte los desórdenes que ocurrieron. Todavía se suelen oír los gritos pronunciados por los alborotadores de ¡viva nuestro rey D. Luis! ¡Muera el marqués de Loulé, Avila y los ministros! La policía está bastante enérgica y su actividad como nunca se ha visto en Lisboa.

El *Monitor* de París entre otras noticias dice: «En la ciudad de Paz (Bolivia) ha habido una matanza horrible, motivada por la lucha de que son teatro diariamente aquellas repúblicas; mataron doscientos indios que estaban en la calle en el momento del motin, y además fusilaron sesenta personas distinguidas.»

Las noticias que tenemos de Inglaterra y de los Estados Unidos no satisfacen nuestro deseo. Por ahora solo sabemos, que el gobierno de Washington, discute tranquilamente la decisión que debía tomar en vista de las reclamaciones de la Inglaterra. Los buques americanos anclados en Marsella, Génova y Livorno se apresuran á darse á la vela con la mitad ó cuarta parte de su cargamento, y hay muchos en lastra para salir del Mediterráneo, antes de la declaración de la guerra; aunque generalmente despues de la declaración de la guerra, se dá á los buques el tiempo necesario para volver á sus puertos, pero los Estados Unidos creen que la Inglaterra no concederá este plazo.

Ya que hablamos de Inglaterra referi nos una anecdota que publica un periódico extranjero, sobre la vida del difunto príncipe Alberto.—En el sarao en que el príncipe Alberto fue presentado á la aristocracia inglesa como novio de la reina Victoria, ésta bailó con él y luego le regaló con mucha gracia su ramillete. El príncipe, entusiasmado con este favor que le era concedido en público sacó un puñalito, hizo una abertura en su uniforme y colocó triunfante el ramillete sobre su corazón. La reina al ver el puñal palideció, y antes que el príncipe echase de ver la emoción cayó desmayada en un sofá.—Mas tarde cuando los príncipes llevaban algunos años de matrimonio, hubo entre ellos una de esas cuestiones inevitables en la vida íntima, y el príncipe Alberto se retiró á su habitación.

Algunas horas despues, la reina fué en persona á llamar á la puerta del cuarto del príncipe.—¿Quién? preguntó este.—La reina. Abreme.—Pido mil perdones á la reina pero quiero estar solo.—Alberto, repuso la reina con ternura, soy tu esposa. La puerta se abrió inmediatamente, y el príncipe cayó de rodillas á sus pies.

Cartas de Roma, dicen que el embajador francés á propuesto á Francisco II que venga á vivir á Francia.

Nuestros corresponsales de provincias, no nos dan ninguna noticia de interés. Los correos están sufriendo algun retraso á causa de los temporales, y que han causado algunas desgracias.

Cartas de Santoña, provincia de Santander, dicen que el 24 por la noche, apareció ardiendo el tejado de la provisión militar de aquella plaza, el toque de las campanas despertó á sus tranquilos habitantes, mucho se ha salvado; pero mucho ha sido tambien consumido por las llamas. El edificio fué abrasado enteramente no quedando mas que las paredes. Se dice que el fuego debió ser producido por algun descuido; tanto la tropa, que se halla de guarnición en aquella plaza, como el vecindario, acudió inmediatamente al lugar de la desgracia á prestar lo mejor que pudo sus servicios, no linho desgracia ninguna personal.

LADISLAO P. MENDIZABAL.

Propietario y Editor responsable.—D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de EL MADRILEÑO, de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia 13, bajo.